

Los desencuentros y las tragedias de la izquierda

Jeffrey L. Gould

■ Doi: 10.54871/ca25ac0e4

En 1988, Juan Suazo, un militante campesino de Chinandega Nicaragua comentaba: “Los sandinistas quieren decir otra cosa cuando dicen “Tierra del pueblo”. Para Suazo y otros activistas campesinos, la noción de *tierra del pueblo*, forjada durante las luchas agrarias de las décadas del cincuenta y del sesenta, significaba acceso individual con control local y colectivo de la tierra, mientras que el gobierno revolucionario limitaba el significado al control estatal. No obstante, durante la década del setenta, tanto los militantes campesinos como los sandinistas habían compartido el lema de ¡Tierra para los campesinos! (Véase Gould, 1990, pp. 85-181).

Desencuentros se refiere tanto a encuentros fallidos como a malentendidos. Lo que más me interesa es la interacción entre los encuentros fallidos entre movimientos sociales y los malentendidos lingüísticos, arraigados en diferencias de clase, étnicas, de género y geográficas.¹ Las personas de dos grupos diferentes pueden tener distintas interpretaciones de un mismo concepto que, a su vez, pueden condicionar prácticas diferentes en un momento

¹ Véase Hylton y Thomson (2007) para un uso importante del término en las relaciones entre las dos tradiciones de la lucha subalterna en Bolivia, lo nacional-popular y lo indianista: “lo que prevalecido ha sido la desarticulación, la disonancia, y el desencuentro.”

histórico determinado. A menudo, el fracaso de dos fuerzas sociales o políticas a la hora de formar alianzas a pesar de sus objetivos compartidos tiene su origen no solo en malentendidos lingüísticos, anclados en distintas interpretaciones de la misma palabra o concepto, sino también en las expectativas asociadas a esos conceptos u objetivos compartidos. También sugiero que hay elementos excepcionalmente poderosos de contingencia en estos desencuentros, especialmente en los momentos de potencial superación que a menudo van seguidos de trágica violencia.

Para efectos analíticos, sugiero que los desencuentros entre las élites políticas y los militantes de partidos o sindicatos suelen ser más ideológicos, en el sentido de que es más probable que analicen el significado de los términos para establecer distinciones y reforzar posiciones políticas. En las bases, es más probable que los desencuentros lingüísticos –malentendidos– se produzcan a través de lo que Edward Sapir llamó “la ambigüedad amistosa del lenguaje”. El poder movilizador del eslogan “tierra para los campesinos” dependía de esa ambigüedad amistosa, ya que su significado preciso seguía sin fijarse. La interacción entre los movimientos sociopolíticos y los malentendidos lingüísticos revela líneas divisorias enraizadas en diferencias de clase, étnicas, de género y geográficas, que contribuyeron al fracaso del proyecto revolucionario en Nicaragua.²

En mi ensayo publicado por CALAS, *Entre el bosque y los árboles*, vinculé la noción de desencuentros con la de utopías menores, o sea ideas y prácticas de liberación en una escala menor, local, y modesta que coexistían con las grandes narrativas y luchas para la transformación global (Gould, 2020). El ensayo analiza los desencuentros consecuentes entre los actores en las utopías menores que creaban momentáneamente sociedades igualitarias y los de la izquierda organizada durante y después de las luchas. En sus memorias e historias, las utopías menores que retaban a toda clase de

² Para otros usos de desencuentros véase: Bosteels, 2012; Ramos, 2001; García Linera, 2005; Dove, 2015.

jerarquía desaparecieron. En cada caso que examinamos en este capítulo, sobre todo en los casos de Chile y El Salvador se vislumbra el desencuentro en la izquierda que inevitablemente involucra a actores locales inspirados por visiones de transformación local y los dirigentes de partidos políticos.

Aquí examinaremos tres encuentros fallidos de la izquierda: Costa Rica en la década del cuarenta, Chile en 1972 y El Salvador en 1979. En cada caso, los desencuentros políticos eclipsaron los objetivos compartidos, conduciendo a desastrosas derrotas para la izquierda y para sus sociedades. Los factores estructurales –principalmente el bloque contrarrevolucionario– limitaron su abanico de posibilidades; este artículo destacará el mayor impacto de la contingencia en torno a los desencuentros políticos, en particular las votaciones de un pequeño número de personas, casi siempre varones.

Costa Rica

En Costa Rica, un desencuentro condujo al ocaso de una izquierda poderosa en 1948. En 1940, Rafael Calderón Guardia, médico y socialcristiano, ganó las elecciones presidenciales. En 1941 y 1942 impulsó en el Congreso una serie de medidas progresistas que incluían un sistema nacional de salud. En 1942, el Partido Comunista de Costa Rica respaldó plenamente al gobierno y movilizó a miles de trabajadores en apoyo de las Garantías Sociales y un Código de Trabajo que incluía indemnizaciones a los trabajadores, un salario mínimo, un seguro de desempleo y el derecho a organizar sindicatos. El Congreso aprobó las medidas en julio y agosto de 1943. El Día de la Independencia, el 15 de septiembre de 1943, unos 100 mil partidarios de Calderón y de la izquierda (aproximadamente el 15 % de la población total) se manifestaron a favor de las reformas.

En julio de 1943, tras la disolución de la Comintern, el Partido Comunista se disolvió y fundó el Partido Vanguardia Popular (PVP).

Esa transformación formal permitió al arzobispo Víctor Manuel Sanabria declarar que los católicos podían afiliarse al partido. A corto plazo, la alianza calderonista-vanguardista fue una bendición para ambos partidos y especialmente para el movimiento sindical, que creció hasta alcanzar el 18 % de la PEA a mediados de los años cuarenta, una cifra elevada si se tiene en cuenta que alrededor del 67 % de la PEA pertenecía a los sectores agrícola y de servicios, muy difíciles de organizar, con la notable excepción de los trabajadores del sector bananero (Miller, 1996). El PVP pasó de tener unos 600 miembros en 1943 a 3.000 a mediados de los años cuarenta y obtuvo entre el 10 % y el 15 % de los votos en tres elecciones nacionales durante esa década.

En 1940, un grupo de intelectuales socialdemócratas fundaron el Centro de Estudios de los Problemas Nacionales [CEPN].³ Hicieron una crítica del sistema político del país, lo que llamaron la *oligarquía civil*, y del sistema económico que llamaron *semicolonial*. Según Rodrigo Facio, su pensador preeminente:

El país es víctima de una explotación irracional e inequitativa por parte del capital extranjero, sobre todo norteamericano [...] el país se empobrece, ve agotarse sus tierras, talarse sin consideración sus bosques [...] sin ninguna ventaja presente ni la esperanza de un provecho futuro (Facio, 1943, pp. 8-9).

Aunque criticaban a Calderón Guardia por su incapacidad para combatir la corrupción y al Partido Comunista por su servilismo hacia la URSS, también reconocían una clara coincidencia de sus programas: “Nuestra posición tenía algo de egoísta: nos estábamos quitando parte de nuestro programa [...] estábamos celosos [...]” (Facio, 1943, p. 8). En gran medida, se trataba de celos de clase y generacionales, ya que los centristas eran, por lo general, jóvenes varones procedentes de las élites. Los militantes obreros del PVP estaban resentidos con ellos y les llamaban *glostoras*, en

³ Sobre la década del cuarenta en Costa Rica, véase Molina, 2007 y Díaz Arias, 2015.

referencia a un producto para el pelo que utilizaban. Sin embargo, los socialdemócratas apoyaban los puntos básicos de la plataforma Vanguardia/Calderonista. De hecho, su programa agrario era más progresista que el del PVP, ya que abogaban por un límite máximo del 10 % de la cosecha que debía pagarse al terrateniente.⁴

El CEPN también intentó colaborar con el movimiento obrero; los sindicalistas izquierdistas les permitieron enviar observadores a sus reuniones.⁵ El primer desacuerdo importante fue sobre las cooperativas. Los centristas querían convertir la propiedad alemana expropiada por exigencias estratégicas de los Estados Unidos en cooperativas gestionadas por los productores. El PVP se oponía a esa propuesta por motivos ideológicos. Según sus ideólogos, las cooperativas frenaban el desarrollo de la conciencia de clase y así procuraba salvar el capitalismo. Sin embargo, los Centristas concebían a las cooperativas como el eje para lograr la igualdad y el progreso, especialmente en el campo.

En 1942, los Centristas impulsaron la conversión de una gran plantación expropiada de la familia Niehaus en una cooperativa de productores: la Cooperativa Victoria. Cientos de pequeños productores de la zona de Grecia y de Poás, controlaban conjuntamente las tierras y el ingenio del complejo azucarero. Los sindicalistas organizaban a los trabajadores del ingenio y del campo. En 1944, tras un intento de dividir y debilitar al sindicato, un militante escribió: "El Sindicato Agrícola Industrial del Ingenio 'Victoria' ha ganado la batalla en contra de la burda maniobra 'glostorada'".⁶ Los centristas siguieron presionando al Ministerio de Trabajo para que prohibiera la organización sindical en una cooperativa. A finales de la década, la dirección de la cooperativa logró eliminar el sindicato.

En el momento del conflicto sobre el trabajo y las cooperativas, la CEPN ya se había convertido en acérrimo enemigo del PVP.

⁴ *Surco* diciembre 1943. El PVP abogaba por el 20 %; la tasa actual era de hasta el 50 %.

⁵ *Surco* julio 1942.

⁶ *Combate*, noviembre de 1944. En 1975 nació un nuevo sindicato combativo en Coopevictoria que lanzó una huelga con una ocupación del ingenio en 1976.

Atacaban las posiciones cambiantes del partido por seguir los lineamientos de la URSS, pero también atacaban al PVP por su alianza oportunista con la “oligarquía cívica”. Sin embargo, incluso cuando viró hacia un discurso anticomunista del que nunca se retiraría, reconoció puntos en común.

Del mismo modo, ya en 1947, tras cuatro años de amarga enemistad con la oposición, el PVP, en una resolución de su congreso, declaró que “en los partidos de la oposición (hay) numerosos elementos progresistas”. Y, al mismo tiempo, denunciaron los “numerosos elementos reaccionarios” en el Partido calderonista.⁷

A pesar de la enemistad entre el PVP y la oposición, sus programas seguían siendo muy similares. Como comentó un observador del Departamento de Estado en 1946, José Figueres, figura destacada de la oposición y Vanguardia tienen “ciertos objetivos definidos en común”.⁸ En abril de 1948, durante la guerra civil, el arzobispo Sanabria comentó la “considerable similitud entre las ideas sociales de Figueres y las defendidas por Manuel Mora” (principal líder del PVP).⁹

Además del apoyo del PSD al Código Laboral y a las Garantías Sociales, pilares del programa del PVP, ambas fuerzas impulsaron el sufragio femenino. También tenían propuestas similares de reforma agraria. Y, por último, el PVP llegó a aprobar las cooperativas de producción que eran el corazón de la visión del socialismo

⁷ *Vanguardia*, 1(1), 1947.

⁸ Véase Departamento de Estado de Estados Unidos, Despacho 132, 19 de marzo de 1948, “Memorándum de conversación con Manuel Mora”. Mora comentó que Otilio Ulate, líder de la oposición y candidato presidencial estaba ideológicamente más cerca de las posiciones de la izquierda que Calderón. También cabe destacar las amistades entre Mora y Figueres y entre el líder del PVP Carlos Luis Fallas y el candidato de la oposición Otilio Ulate. Por otra parte, Figueres comentó después de su victoria, que iba a profundizar las Garantías Sociales. Y lo hizo si se excluye su represión al movimiento obrero.

⁹ Véase Departamento de Estado de EEUU, Despacho 160, 6 de abril de 1948, “Memorándum de conversación con el arzobispo Sanabria”.

democrático del PSD.¹⁰ Y, sin embargo, el desencuentro entre estas dos fuerzas con programas similares desembocó en una guerra civil. No obstante, como argumentaré en los casos chileno y salvadoreño, la catástrofe no era inevitable.

El partido gobernante y Vanguardia consideraron las elecciones en febrero de 1948 fraudulentas, ya que miles de sus partidarios no habían podido votar. La oposición controlaba la maquinaria electoral gracias al arreglo que puso fin a la Huelga de Brazos Caídos de julio-agosto 1947, un movimiento de protesta inspirada en parte por un nuevo impuesto a la renta.¹¹ Calderón Guardia pidió la anulación de las elecciones. Manuel Mora, líder del PVP, argumentó a sus compañeros que en la nueva legislatura tendrían 9 de los 45 diputados y, por tanto, detentarían el equilibrio de poder. Para Mora, un voto a favor de la anulación conduciría a la guerra civil y, dada la debilidad del gobierno, la izquierda iba a salir perdiendo. En el Buró Político votaron en su contra por 9-2, argumentando que “No podemos traicionar a las masas”.¹² No era una cuestión de categorías analíticas, sino más bien la rabia lo que cegaba a los líderes comunistas junto con una profunda identidad con sus seguidores. Pero Mora tenía razón. Fue una decisión desastrosa. Dos mil personas murieron en la guerra civil.

Los *revolucionarios* dirigidos por José Figueres contaban con el consiguiente apoyo militar de la Legión Caribe, una fuerza

¹⁰ Rodríguez, 1995, p. 131. Por lo general el PVP se oponía al cooperativismo, pero sí reconoció su valor siempre y cuando no se renunciaba a la lucha de clases.

¹¹ La huelga –en efecto un lockout por los bancos, las empresas y los negocios era en principio por la actuación represiva de la policía en Cartago, en medio de un ambiente sumamente violento. Véase, Díaz Arias, 2015, pp. 204-212; Discurso de Manuel Mora en Barahona, Macarena, 2015, p. 335.

¹² Mora afirmó que la mayoría del Comité Central basó su decisión en el “deseo del pueblo de anular las elecciones, y que el Partido no se divorciara del pueblo ni de Calderón” (Aguilar Bugarelli, 1974, p. 462).

Curiosamente, seis de los nueve miembros del Comité Central del 20 de enero de 1932 en El Salvador utilizaron la misma expresión “No podemos traicionar a las masas”, como razón para no suspender una insurrección que sabían condenada al fracaso. La represión que siguió supuso la ejecución de unas 10 mil personas, en su mayoría indígenas. Ver Gould y Lauria Santiago, 2008.

multinacional de combatientes democráticos y antidictatoriales. Les había convencido –incluido el democráticamente elegido y progresista presidente Juan José Arévalo de Guatemala– de que la coalición gobernante en Costa Rica era una dictadura.¹³ En los últimos días del conflicto, 1.200 milicianos del PVP tenían el control de San José y, bajo la dirección de un veterano español del sitio de Madrid, estaban preparados para resistir el asalto de las fuerzas de Figueres. Para evitar un derramamiento de sangre innecesario, Mora entabló conversaciones de paz. El acuerdo de paz que puso fin al conflicto en abril de 1948 reflejó los puntos en común entre la Oposición y el PVP. Por un lado, el triunfante Figueres se comprometió con las Garantías Sociales y, por otro, prometió respetar las vidas, propiedades y derechos organizativos del PVP y sus sindicatos asociados. Sin embargo, en las semanas siguientes al acuerdo, el *ejército de liberación* emprendió violentos asaltos contra militantes del PVP. Entonces, el gobierno ilegalizó el partido y empezó a destruir el poderoso movimiento obrero. El PVP estuvo prohibido durante los 28 años siguientes.

Chile

El 7 de julio de 1972, un periodista del Partido Socialista [PS] escribió: “La semana que termina [...] será probablemente recordada por los historiadores como un período crucial para el país”.¹⁴ El periodista fue clarividente. Durante esos días de julio, el destino de la vía chilena al socialismo quedó sellado. Irónicamente, solo unos días antes, representantes del Partido Demócrata Cristiano [PDC] y de

¹³ Según José Albertazzi Avendaño, el presidente Arévalo estaba muy enojado con presidente Picado porque él no había asistido a una conferencia en pro de la unión centroamericana y porque había reconocido como presidente legítimo, al títule de Somoza, Víctor Román y Reyes. Figueres era un sincero anti-somocista que prometía luchar por derrocarlo tan pronto que ganara su revolución. Véase “La Tragedia de Costa Rica,” en Barahona, 2015, p. 29.

¹⁴ Las *Noticias de Última Hora*. 7 de julio 1972.

la Unidad Popular [UP] habían concordado las bases de un acuerdo que habría hecho mucho más difícil para los militares y sus aliados derechistas llevar a cabo el golpe letal del 11 de septiembre de 1973.¹⁵ En palabras de un dirigente del PDC, estuvieron “a un tris de llegar a un acuerdo”.¹⁶ El acuerdo encarnaba un entendimiento entre las dos fuerzas que proponía un camino hacia una sociedad socialista. Reflexionando sobre el fracaso, Jaime Gazmuri, líder del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) a principios de los setenta, cuarenta años después, comentó: “[...] trágico desencuentro de fuerzas que éramos progresistas y que podríamos haber dado una mayoría nacional, pero no la dimos” (Milos, 2013, p. 167).

Una semana después de la ruptura del acuerdo, el secretario general del Partido Socialista chileno, Carlos Altamirano, comentó: “El Partido Socialista pensaba que estas conversaciones estaban inevitablemente destinadas al fracaso, debido a que dentro de la DC [Democracia Cristiana] prevalecen los sectores reaccionarios, los freístas, vinculados a los grandes monopolios”.¹⁷

Quiero destacar un aspecto clave de las negociaciones: el debate sobre la autogestión. Ese debate estaba a su vez relacionado con las duras críticas del PDC y de la izquierda radical sobre las cualidades de la participación de los trabajadores en el Área Propiedad Social [APS], el sector estatal. Un editorial del Partido Socialista en su periódico oficial afirmaba: “La participación está en boca de todos los chilenos” (*Posición*, 30 mayo de 1972). De hecho, los trabajadores de

¹⁵ No se trata de minimizar las consecuencias políticas de la división entre la izquierda rupturista [mayoría del Partido Socialista, mayoría del MAPU, la Izquierda Cristiana y el MIR] y la izquierda gradualista [sector allendista del PS, el Partido Radical y el PC]. Véase Pinto, 2005, pp. 9-33. Sobre la división entre la “revolución desde abajo” y la “revolución desde arriba”, véase el clásico Winn, 1986.

¹⁶ *Chile Hoy* 7-13 de julio de 1972, I:4, Felipe Amunátegui, Vicepresidente del PDC.

¹⁷ *Chile Hoy* 14-20 July 1972, I:5, p. 5. Treinta años mas tarde, Altamirano comentó “lo que yo pensaba entonces y lo que pienso hoy es que jamás la Democracia Cristiana iba a llegar a un acuerdo con el PC.” Citado en Guadichaud. 2016. 115. Aunque coherente en general con su posición en 1972 pero su énfasis en la falta de voluntad del PDC para conseguir un acuerdo la UP representa un cambio notable que no tiene sustento en el record histórico.

base y los dirigentes de los partidos de izquierda debatieron intensamente la cuestión. En diversos grados, toda la izquierda creía que el control estatal de los medios de producción –o de un sector clave de la industria– no era suficiente para garantizar la transición al socialismo. Todos los sectores de la izquierda criticaron también las cualidades de la gestión estatal y la participación de los trabajadores. El MAPU se hizo eco del estribillo del PDC de que el Estado actuaba como “un jefe más”, cuando el partido argumentó: “algunos administradores estatales eran iguales que los de la industria privada”(MAPU, 1972).

Un militante de Izquierda Cristiana [IC-una escisión del PDC] comentó: “la gente va a participar cuando sepa lo que es participar” (*Pastoral Popular*, 124, julio-agosto de 1971). Incluso el Partido Comunista [PCCH], ideológicamente opuesto al control obrero, reconoció graves deficiencias en los niveles y calidades de la participación de los trabajadores en la APS. Luis Corvalán, secretario general del partido, criticó los *métodos apatronados de dirección* (*El Siglo*, 24 marzo de 1972).

Las relaciones de género también desempeñaron un papel en los desiguales niveles de participación de los trabajadores en el APS. El análisis pionero de Heidi Tinsman sobre la desigualdad de género durante la reforma agraria dirigida por UP debe estudiarse en relación con el APS: “Los hombres, y no las mujeres, fueron definidos como actores principales en la creación del nuevo mundo” (Tinsman, 2002, p. 3). Aunque se criticaron duramente las relaciones de género asimétricas en el sector estatal, también hubo testimonios de liberación femenina en las fábricas del APS. Una trabajadora textil comentó: “Para mí lo más importante es que para las obreras, las mujeres que trabajamos en la fábrica hemos recuperado la dignidad y nuestro puesto de lucha. Ya no tenemos que andar asustadas porque a los matones que tenían Yarur, los echamos a patadas” (*Noticias de Última Hora*, 26 julio de 1972). Del mismo modo, Aurora, trabajadora de Fantuzzi, una empresa de utensilios de cocina habló de cómo se sintió tras la toma: “Todo cambió hartó [...] cuando la

empresa pasa a manos de los trabajadores. La empresa era de nosotros. Nos sentimos liberados. Una conquista era la sala cuna [...]”.¹⁸ Es precisamente esta interacción de objetivos y avances tangibles e intangibles lo que sugiere cautela sobre la adopción *in toto* de la tesis de Tinsman a las fábricas de APS.

Toda la izquierda –incluido el ala izquierda del PDC– estaba comprometida con el socialismo y las nociones de formas emancipadoras de control obrero estaban integradas en él. Sus métodos y visiones eran, por supuesto, distintos. El PCCH, el ala izquierda del PDC y el ala allendista del PS creían en la necesidad de forjar una coalición que consolidara las conquistas de los obreros y campesinos urbanos y rurales logradas durante el primer año de la UP. La izquierda del PDC hizo hincapié en la autogestión como pieza clave de la transición y como encarnación de la sociedad futura. Los pequeños partidos de la UP que se habían escindido del PDC también hacían hincapié en la autogestión, pero imaginaban un APS más amplio. La izquierda radical del PS y el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria [MIR], de extrema izquierda, inscribieron el control obrero como parte clave de la transición e impulsaron un APS mucho más amplio. En mayo 1972 se aliaron con la Izquierda Cristiana y Federación de Trabajadores Revolucionarios [controlado por el MIR] en las elecciones para la CUT precisamente para luchar en contra del sectarismo y en favor del control obrero.¹⁹

A pesar de su compromiso con una versión del socialismo, el PDC propuso y aprobó una enmienda constitucional que cuestionaba la creación y legalización del Área Propiedad Social [APS]. Allende vetó los proyectos, argumentando que el Congreso solo podía anular el veto con dos tercios de los votos, como era necesario con cualquier legislación. El PDC afirmó que solo necesitaba una mayoría simple, provocando así una crisis constitucional.

¹⁸ Entrevista con Elizabet Andrade Durán “Aurora”, por Renzo Henríquez, Maipú, Febrero de 2023.

¹⁹ No obstante, la alianza solo logró menos de 2 % de los votos en las elecciones para la directiva de la CUT.

Del 12 al 27 de junio de 1972, representantes de Allende y del PDC entablaron intensas negociaciones para evitar la crisis constitucional. La negociación buscaba un acuerdo sobre la legalización del APS, una definición y delimitación de la pequeña y mediana propiedad que impidiera la expropiación y la creación de *empresas de trabajadores*, o sea la *autogestión*.

No es sorprendente que el ala radical del PS se opusiera a las negociaciones con el PDC debido a su opinión de que ese partido formaba parte del bloque contrarrevolucionario. Más significativamente, el ala freísta del PDC se opuso a las negociaciones debido a su compromiso de forjar una coalición con el derechista Partido Nacional y a sus estrechas relaciones con el Departamento de Estado estadounidense.

A pesar de la oposición, a finales de junio de 1972, los negociadores estaban al punto de alcanzar un notable acuerdo que incluía nuevas definiciones del APS [incluidas 80 empresas] y de las empresas de trabajadores que potencialmente tenían consecuencias de gran alcance para cualquier debate práctico sobre una transición al socialismo. El acuerdo, en gran medida, iba a implementar la posición de la Izquierda Cristiana [IC], a la vez que cedía un terreno importante a la posición de los Demócratas Cristianos sobre el APS. El acuerdo exigía un mayor poder de decisión de los trabajadores en el sector estratégico del APS. También creó la opción para los trabajadores de convertir el sector no estratégico del APS en un sector de autogestión. El acuerdo resolvía la cuestión de los derechos de los trabajadores de ese sector a obtener los beneficios que generaban. La mayor parte de los beneficios se repartirían dentro de este nuevo sector, destinándolos a las necesidades sociales de los trabajadores y sus familias. Además, la ley apoyaría a los trabajadores en sus esfuerzos por gestionar la producción en el sector privado.²⁰

²⁰ Sobre las negociaciones, se consultó las revistas *Ercilla*, *Chile Hoy*, *Punto Final* y los periódicos *El Siglo*, *Posicion*, y *La Prensa*. Winn, 1986, p. 234, hace mención de las negociaciones y su trascendental importancia. Igualmente, Valenzuela, 1978, también toca el tema.

La superación de los desencuentros sobre *participación y autogestión* es significativa. Con la limitada excepción del IC, ni la izquierda del PDC ni la UP tenían posiciones totalmente coherentes y consistentes sobre la autogestión y el control obrero. ¿Qué condicionó entonces esta transformación ideológica? El prestigio y el pragmatismo de Allende le permitieron convencer al grueso de la dirección de la UP de que aceptara un acuerdo para preservar los puntos básicos de su programa. Además, los negociadores del PDC tenían afinidades con Rafael Gumucio, negociador y dirigente de la IC. También su propia ambivalencia sobre la autogestión y el sector estatal, les empujaron hacia la aceptación de lo que se llamaría *autogestión socialista*. Gumucio Vives sintetizó la transformación: “[...] la idea se fue concretando en forma de que al final de esas conversaciones ya se tenía una configuración mucho más completa de lo que deben ser las empresas de trabajadores [...] lo que significa un paso hacia el socialismo [...]” (*Diario de Sesiones del Senado*, 6 de julio de 1972).

Estas negociaciones tuvieron lugar en un periodo de intensos conflictos de clases: más de 250 mil trabajadores se declararon en huelga en mayo, lo que representa alrededor del 30 % de la mano de obra urbana. La mayoría de las 1.763 huelgas de los seis primeros meses del año fueron por reivindicaciones salariales, pero un porcentaje significativo exigía la incorporación al APS. Además, durante los cinco primeros meses de 1972, los trabajadores ocuparon 299 fábricas; durante las *tomas* ejercieron a menudo un control obrero de facto hasta que el gobierno de Allende accedió a intervenir. En 1974, Manuel Castells subrayó las razones fundamentales de la movilización:

A contar con la sola protección de una justicia sin dientes (sin carabinieri utilizados en contra del pueblo) los patrones no pudieron resistir la presión obrera y la correlación de fuerzas basculó

decisivamente en favor del proletariado, produciéndose el proceso, además en forma inorgánica y semiespontánea (Castells, 1974, pp. 216-219).²¹

Además, Castells argumentó que esta masiva movilización obrera socavaba directamente la estrategia de la UP de colaboración con los segmentos no monopolistas del sector privado y con el PDC.

A finales de junio, los trabajadores de Maipú-Cerrillos, suburbios industriales al suroeste de Santiago, ocuparon varias empresas medianas y exigieron su incorporación al APS. En respuesta, los carabineros *patrullaron amenazadoramente* fuera de las fábricas. El 29 de junio, los trabajadores de 30 fábricas se reunieron y formaron el *Comando de Trabajadores de Cerrillos-Maipú*, que levantó barricadas en las entradas del municipio. También anunciaron una plataforma que incluía una demanda de “control obrero de la producción a través de delegados revocables por la base en todas las industrias [...]”. En cuestión de meses, el *Comando* se convirtió en los *Cordones Industriales*, una red de empresas controladas por los trabajadores que floreció durante la huelga de camioneros de octubre, financiada por la CIA. Un dirigente sindical del PS en una fábrica ocupada comentó: “La movilización que hicimos en Maipú –con barricadas– fue una forma de mostrarle al presidente Allende que los trabajadores somos quienes debemos tomar los acuerdos [...] y estábamos descontentos con lo que estaba haciendo la UP por arriba [...]” (*Punto Final* #168, 28 Julio 1972).²² El levantamiento obrero produjo un alto nivel de tensión entre los trabajadores radicalizados y el gobierno de Allende. De hecho, cuando Mireya Baltra, ministra de Trabajo y comunista, visitó la fábrica ocupada

²¹ Castells basa su cálculo en los Datos de la Oficina de Informaciones de la Presidencia de la República; no tenían motivos para inflar la cifra. En comparación, en mayo de 1971 había 20 mil trabajadores en huelga y durante los primeros seis meses de 1971 hubo 1.200 huelgas. Había unas 800 mil personas empleadas en la industria [562 mil] y en los sectores de energía, minas y construcción. También se puede consultar Gaudichaud, 2016, p. 130.

²² También se puede consultar *Posición*, 4 julio 1972, #12.

de Perlak, abofeteó a un militante de base, cuando este la increpó: “Usted es una burguesa”. La bofetada reflejó de inmediato el orgullo herido de Baltra, que estaba orgullosa de sus orígenes obreros y de su condición de trabajadora desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, también reveló las crecientes fisuras en la coalición UP y la clara emergencia de, en palabras de Peter Winn, una “revolución desde abajo” que amenazaba el programa de Allende, en particular su intento de alianza con “sectores no monopolistas de la burguesía” (Winn, 1986, p. 231).

Además de una señal de advertencia al gobierno de Allende, el resurgimiento de la clase obrera en mayo-junio tuvo varios efectos destacados. El movimiento, en gran parte espontáneo, probablemente dio un impulso a las negociaciones. A medida que los trabajadores empujaban cada vez a más empresas hacia el APS, los negociadores de ambas partes reconocieron la necesidad inmediata de establecer medios legales para la intervención/propiedad estatal. Ambas partes temían las consecuencias de una mayor radicalización de la clase obrera. De hecho, a finales de 1972, 202 empresas habían sido absorbidas por el APS, muchas más que las 91 señaladas por el programa de la UP en 1970. Al mismo tiempo, el movimiento empujó a los sectores más radicales de la izquierda a adoptar un programa de control obrero a gran escala, una demanda que surgió directamente de los trabajadores de base de las fábricas de Maipú, que en general evitaban las luchas sectarias y la competencia.

En el otro extremo del espectro ideológico, la derecha, los propietarios de empresas monopolistas y los freístas culpaban del estallido obrero al gobierno de Allende, al que consideraban un desastre sin paliativos y una amenaza creciente para sus intereses de clase fundamentales. A este respecto, la observación de Jacques

Chonchol es pertinente: “La derecha está unida por intereses; la izquierda se divide por ideologías” (Chonchol, 1971).²³

Sin embargo, el acuerdo se vino abajo. Eduardo Frei, presidente entre 1964 y 1970, cuya influencia se vio reforzada por una importante financiación de la CIA, consiguió influir en legisladores clave para que sabotearan los acuerdos. Un informante del Departamento de Estado informó: “Frei llamó desde Europa amenazando con dimitir si el PDC llegaba a un acuerdo con UP”.²⁴ Otro informante sugirió, que con las negociaciones ya no había más aportes financieros.²⁵

Una vez que el acuerdo UP-PDC se deshizo, se puede empezar a atribuir una sensación de inevitabilidad al fracaso de la vía chilena al socialismo. Sin embargo, el fracaso no tuvo nada de inevitable; una serie de acciones y acontecimientos contingentes ocurridos en los años anteriores circunscribieron el ámbito de posibilidades de los actores que pretendían evitar un golpe de Estado. 1) Dos votaciones del partido extremadamente reñidas en 1969 y 1971 provocaron la salida de militantes izquierdistas del PDC. 2) El sectarismo de la UP contra los militantes del PDC, relacionado con el sistema de *cuoteo* (puestos asignados por partidos) en las fábricas del APS, debilitó aún más las posibilidades de un acuerdo. Los esfuerzos del PDC por provocar una crisis constitucional y debilitar al poder ejecutivo crearon más antagonismo en la izquierda. El auge de la militancia obrera simbolizada por *las tomas de fábricas* influyó en los actores clave del PDC. El sabotaje directo de Frei al acuerdo fue decisivo. El auge obrero junto con el apoyo financiero de la CIA a la facción de Frei puede considerarse más estructurales que contingentes,

²³ Chonchol fue ministro de agricultura en el gobierno de la UP y fundador de la Izquierda Cristiana.

²⁴ US Foreign Relations, RG 84, 9 de julio de 1972. El mismo informe mencionó que 35 diputados y políticos pedían al gobierno de los Estados Unidos que no financiara más al grupo de Fuentealba debido a su complicidad con Allende. Otras fuentes alegan que Frei llamaba varias veces cada semana para mantenerse al tanto de las negociaciones.

²⁵ US State, POL/AMIsaacs: dh: 7 de julio de 1972. Memorandum Conversation Isaacs and Ernesto Corona.

término que puede aplicarse a los otros factores. Dicho de otro modo, no fueron decisiones clave que pudieran ser votadas por un grupo relativamente pequeño de políticos varones. En su conjunto, las causas del fracaso fueron abrumadoras. Sin embargo, un cambio en cualquiera de los factores bien podría haber alterado el resultado.

El Salvador

En El Salvador, una pequeña coalición de oficiales militares (en su mayoría) progresistas e intelectuales moderados de izquierda, tras un golpe de estado inconcreto el 15 de octubre de 1979, formaron la Junta Revolucionaria de Gobierno (JRG). Por un solo voto (perdido por un engaño), no eligieron una mayoría de la izquierda moderada en la JRG. No obstante, presentaron un programa que incluía una profunda reforma agraria, derechos laborales y el fin de la represión. Sin embargo, durante las dos semanas siguientes, las fuerzas de seguridad continuaron ejerciendo una brutal represión contra las Organizaciones Populares (OP).

Las tres OP agrupaban a campesinos y trabajadores rurales y urbanos bajo lineamientos ideológicos radicales.²⁶ Desde el 6 de noviembre hasta mediados de diciembre, gracias a una tregua informal entre las OP y la JRG, las fuerzas de seguridad se abstuvieron de atacar manifestaciones o cometer asesinatos selectivos. Citando *Solidaridad bajo asedio*:

Las posiciones de la JRG sobre salarios rurales, sindicalización y reforma agraria, junto con el repliegue de las fuerzas de seguridad, condicionaron uno de los movimientos sindicales rurales proporcionalmente más grandes y combativos de la historia reciente de

²⁶ Había entre 60 mil y 80 mil militantes en el Bloque Popular Revolucionario y unos 25 mil en otras Organizaciones Populares radicales. Véase Gould (2019, p. 82). Sobre la votación para la JRG, véase Guerra y Guerra, 2009, pp. 64-66.

América Latina. Los militantes de la izquierda se imaginaban la ola de huelgas en los campos como el fruto de su trabajo de organización y un presagio del triunfo revolucionario. Por cierto, las tomas de hilerías de algodón y beneficios de café y el control ejercido por los trabajadores sobre la producción fueron bastante extraordinarios, en tanto que excedieron lo que el movimiento obrero radical se había imaginado o logrado. Sin embargo, las llamaradas en el campo parecían cegar a la izquierda [...] La actividad real de los movimientos subalternos no podía ajustarse dentro de las categorías heredadas [...]. (Gould 2021, p. 189)

Se dio una interacción dialéctica entre las categorías de la izquierda revolucionaria y las formas de conciencia que surgieron en las bases del movimiento obrero cada vez más radical, y ahí radicó el desencuentro. Citando otra vez *Solidaridad Bajo Asedio*:

Sin embargo, la tregua no podía sostenerse porque las OP y los integrantes de izquierda moderada de la JRG, a pesar de compartir objetivos fundamentales y de haber dialogado tras bambalinas alguna vez, no estaban en capacidad de formar una alianza, por informal que haya sido. A su vez, esta imposibilidad se debió a sus diferencias sobre cómo habrían de lograrse los cambios políticos y sociales fundamentales y el papel de las OP en tales transformaciones. Existía un desencuentro profundo sobre el significado de reformas estructurales y su cambiante significado en relación con los métodos para su implementación. Este desencuentro impedía una alianza entre la izquierda radical y el sector “moderado” [...]. No es seguro que semejante alianza haya impedido la guerra civil, porque la derecha militar no habría entregado el poder sin pelear (Gould, 2021, p. 186).

Pero la habría debilitado significativamente y lo más probable es que Estados Unidos no hubiera intervenido al menos en 1979 y 1980. Ya para mediados de diciembre 1979, los militares, alentados por la derecha, atacaron a una movilización campesina con un saldo de 25 muertos, los primeros civiles muertos desde el 6 de noviembre. Ignacio Ellacuría, teólogo y rector de la Universidad Centroamericana comentó en tono irónico: “Han vencido a quienes

defendían al pueblo, derecha salvadoreña. Pero celebren rápido, porque la guerra civil está a un paso más cerca” (Campos, 1982, p. 746). Sin ninguna alianza con la que resistir el resurgimiento de la derecha, a principios de enero de 1980 los izquierdistas moderados dimitieron de la JRG. En 1980, las fuerzas de seguridad y los escuadrones de la muerte ejecutaron entre 8 mil y 11 mil civiles y diezmaron todas las organizaciones sindicales y campesinas, el preludio de la guerra civil, que duró once años, y dejó 75 mil muertos.

Reflexiones finales

Comparto con la mayoría de los historiadores su escepticismo sobre la historia contrafactual. Pero, llama la atención que los desastres en cada país se decidieran por factores contingentes. Maurice Merleau-Ponty escribió:

Al menos en ciertos momentos, nada está absolutamente fijado por los hechos, y es precisamente nuestra ausencia o intervención lo que la historia necesita para tomar forma. Esto no significa que podamos hacer lo que queramos: hay grados de probabilidad, y estos no son nada. Pero eso significa que cualquier cosa que hagamos implicará riesgos [...] una decisión puede llevar al hombre político a la muerte y a la revolución al fracaso (Merleau-Ponty, 1969, p. 65).

En los tres países, actores claves participaban en votaciones muy reñidas entre un pequeño grupo de personas, casi siempre varones. Recapitemos: El voto de 9:2 en el Buró Político del PVP en 1948 que condujo a la guerra civil; las reñidas votaciones en la dirección del PDC [500 miembros] que provocaron la salida de grupos de izquierda en 1969 y 1971; la reñida votación que llevó al PDC a romper el acuerdo con UP en julio de 1972; el margen de un voto que impidió a la izquierda moderada ejercer el pleno control de la JRG en octubre de 1979. Por supuesto, los que tomaron las decisiones representaban a fuerzas más amplias de la sociedad. Vale la pena

subrayar que en Chile (1970), al igual que en El Salvador (1979) y Costa Rica (década del cuarenta), una clara mayoría de la población estaba a favor de un programa socialdemócrata avanzado, que incluía la nacionalización de sectores claves de la industria (con la limitada excepción de Costa Rica) y los bancos, derechos laborales, seguro social, y la reforma agraria. En Chile, podríamos añadir la autogestión y el control de los trabajadores sobre la producción industrial. Los distintos partidos y movimientos políticos que en líneas generales estaban de acuerdo con ese programa no se unieron para promulgarlo. Dos fuerzas ideológicas militaron en contra de tal acuerdo: el sectarismo de la izquierda y el anticomunismo. Condicionaban los desencuentros ya que subjetivamente era difícil creer que los que potencialmente compartían las mismas metas, les daba el mismo sentido a las palabras claves, por ejemplo, *socialismo* o *control obrero*, o *garantías sociales*.

Sin embargo, esas corrientes nunca fueron determinantes. Cuando los movimientos populares cobraron fuerza, el sectarismo y el anticomunismo a menudo retrocedieron (menos en Costa Rica). A pesar de las diferencias coyunturales, en cada caso grupos antagónicos estuvieron a punto de llegar a un acuerdo que habría protegido a las sociedades de la catástrofe. Las decisiones contingentes, moldeadas por la ira, exacerbadas por la rigidez ideológica y el sectarismo, impulsaron los desencuentros hacia la tragedia.

Bibliografía

Aguilar Bulgarelli, Oscar (1974). *Costa Rica y Sus Hechos Políticos de 1948*. San José: EDUCA. [2 edición].

Barahona, Macarena (coord.) (2015). *Nuevos Documentos de 1948*. San José: Editorial Costa Rica.

Barrera, Manuel (1973). *Chile: 1970-1972 La conflictiva experiencia de los cambios estructurales*. Caracas: Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales.

Bosteels, Bruno (2012). *Marx and Freud in Latin America, Politics, Psychoanalysis, and Religion in Times of Terror*. Londres: Verso Press.

Campos, Rodolfo (1982). *Entre el Terror y la Esperanza*, San Salvador: UCA Editores.

Cancino Troncoso, Hugo (1988). *Chile: La Problemática del Poder Popular en Proceso de la Vía Chilena al Socialismo, 1970-1973*. Aarhus: Aarhus University Press.

Castells, Manuel (1974). *La Lucha de Clases en Chile*. Madrid: Siglo XXI.

Cerdas Cruz, Rodolfo (1998). *La Otra Cara del 48: Guerra Fría y movimiento obrero en Costa Rica, 1945-1952*. San José: Ediciones EUNED.

Chonchol, Jacques (1971). Elementos para una discusión sobre el camino chileno hacia el Socialismo. En Alejandro Foxley, Santiago (ed.), *Chile: Búsqueda de un nuevo socialismo*. Santiago de Chile: Ediciones Nueva universidad.

Corvalán Márquez, Luis (2016). *Los partidos políticos y el Golpe del 11 de septiembre*. Santiago de Chile: Editorial de la Universidad de Santiago.

Díaz Arias, David (2015). *Crisis Social y Memorias en Lucha: Guerra Civil en Costa Rica, 1940-1948*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Dove, Patrick (2015). The Desencuentros of History: Indianismo and Marxism in Bolivia. *Culture, Theory and Critique*, 56(3), 313-332.

Facio, Rodrigo (1943). Un Programa Costarricense de Rectificaciones Económicas. *Surco*, 38.

Fleet, Michael (1984). *The Rise and Fall of the Christian Democratic Party*. Princeton: Princeton University Press.

Garcés, Joan (1976). *Allende y la Experiencia Chilena*. Madrid: Siglo XXI.

García Linera, Álvaro (2005). Indianismo y Marxismo: el desencuentro de dos razones revolucionarias. *Barataria*, 1.

Gaudichaud, Franck (2016). *Mil días que estremecieron al mundo: Chile 1970-1973* [traducida por Claudia Marchant]. Santiago de Chile: LOM.

Gould, Jeffrey L. (1990). *To Lead as Equals: Rural Protest and Political Consciousness in Chinandega, Nicaragua, 1912-1979*. Chapel Hill: UNC Press.

Gould Jeffrey L. y Santiago, Aldo Lauria (2008). *Rebelión en la oscuridad: revolución, represión y memoria en El Salvador*. [Traducido por Mauricio Orellana Suarez]. San Salvador: ediciones MUPI.

Gould, Jeffrey L. (2019). *Solidarity Under Siege: The Salvadoran Labor Movement, 1970-1990*. Nueva York: Cambridge University Press.

Gould, Jeffrey L. (2020). *Entre el Bosque y los Árboles: utopías menores en El Salvador, Nicaragua y Uruguay*. Guadalajara: Editorial Universidad de Guadalajara.

Gould, Jeffrey L. (2021). *Solidaridad Bajo Asedio: El Movimiento obrero salvadoreño entre el cielo y el infierno 1970-1990*. [Traducido por Knut Walter]. Ciudad de México: UNAM.

Guerra y Guerra, Rodrigo (2009). *Un golpe al amanecer*. San Salvador: Índole Editores.

Hylton, Forrest y Sinclair, Thomson (2007). *Revolutionary Horizons: Past and Present of Bolivian Politics*. Londres: Verso Press.

MAPU (1972). *Libro de las 91: Las empresas monopólicas y el área de propiedad social de la economía chilena*. Santiago de Chile: Ediciones Barco de Papel.

Merleau-Ponty, Maurice ([1947] 1969). *Humanism and Terror: An Essay on the Communist Problem*. [translated by John O'Neill]. Boston: Beacon Press.

Miller, Eugene (1996). *A Holy Alliance: The Church and Left in Costa Rica, 1932-1948*. New York: M.E. Sharpe.

Milos, Pedro (ed.) (2013). *Chile 1972: Desde el Arrayán hasta el Paro de Octubre*. Santiago de Chile: Ediciones Alberto Hurtado.

Molina, Iván (2007). *El Anticomunismo Reformista*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Pinto, Julio (2005). Hacer la Revolución en Chile. En Julio Pinto (comp.), *Cuando Hicimos Historia: La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago: Ediciones LOM.

Ramos, Julio (2001). *Divergent Modernities: Culture and Politics in Nineteenth Century Latin America*. Durham: Duke University Press.

Rodríguez, Eugenio (1995). *Voces del 43*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Silva, Miguel (1998). *Los Cordones Industriales y el Socialismo desde Abajo*. Santiago: Ediciones Lazor.

Soto Harrison, Fernando (1991). *Qué pasó en los años 40*. San José: Ediciones EUNED.

Tinsman, Heidi (2002). *Partners in Conflict: The Politics of Gender, Sexuality, and Labor in the Chilean Land Reform, 1970-1973*. Durham: Duke University Press.

Valenzuela, Arturo (1978). *The Breakdown of Democratic Regimes: Chile*. Baltimore: Johns Hopkins Press.

Villegas Hoffmeister, Guillermo (1990). *Testimonios del 48*. San José: Editorial de Costa Rica.

Winn, Peter (1986). *Weavers of Revolution*. Nueva York: Oxford University Press.

Hemerografía

Chile Hoy, Santiago, 1972.

Combate, San José, 1943-1945.

El Siglo, Santiago, 1972.

Ercilla, Santiago, 1972.

La Prensa, Santiago, 1972.

Noticias de Última Hora, Santiago, 1972.

Pastoral Popular, Santiago, 1971.

Posición, Santiago, 1972.

Punto Final, Santiago, 1971-1972.

Surco, San Ramón, 1943-44.

Vanguardia, San José, 1947.